Llamamiento por la Anarquía

Cuando yo llegué a este país y al el tristísimo cuadro del anarquismo fraccionado en tendencias enemigas, mi primer impulso fué trabajar para provocar una reconciliación, o por lo menos un mutuo respeto de los sectores [illegible]mados.

Con[illegible]cido de que nada positivo puede hacerse en bien de nuestras ideas y del humano progreso mientras pugnen entre sí los hombres que tienen un pensamiento básicamente común, empleando todos sus recursos en destruirse mutuamente, creí de mi deber de hombre y de anarquista procurar un acercamiento general.

No me movía sólo una consideración sentimental. Sabía que no podíamos, que no debíamos uncir al mismo carro histórico antagónicos principios y opuestas aspiraciones. Anarquista, irreductiblemente erguido frente a todo concepto y a toda práctica autoritaria, yo no habría aceptado ni preconizado jamás pacto alguno con los partidarios de la autoridad, aun cuando proclamasen la libérrima finalidad de su actuación.

Confieso dolorosamente que he debido renunciar a mis proyectos. No está el anarquismo argentino, no están los anarquistas de este país, maduros para una obra de elevados propósitos, de puro sacrificio en pro de las ideas.

El interés de capilla, la sed de mando, la ambición de dominio priman sobre toda otra consideración. Aquí está, como elocuente prueba, la resolución votada en la última asamblea de la F.O.R.A., que será baldón eterno de sus inspiradores.

No hay, aquí, mentalidad anarquista. Hay banderías, ávidas de predominar sobre las otras banderías, de supeditar a la suya su influencia. Hay caudillos y rebaños en los cuales ruge, siempre presta a resurgir, la bestia autoritaria. Unos anhelan la dictadura en nombre de la dictadura, otros la ejercen en nombre de la contradictadura. Hay conglomerados, que todo lo retrotraen a sí propios, que juzgan y aprecian cuanto en nuestro campo acaece en la medida en que lo acaecido les daña o favorece.

Espíritu de bandería, espíritu de autoridad, acción de bandería y autoridad he encontrado.

Y no hay otra cosa, en este momento, en el anarquismo argentino. Cada cual tiene su propio concepto, y reputa enemigo del anarquismo, o considera enemigo suyo a quien no lo comparte. La disputa sectaria se ha enseñoreado de nuestras filas. En lugar de considerar necesaria la diversidad de interpretaciones teóricas, porque ellas nos salvan de la uniformidad mortal en el mundo del pensamiento, e imprescindibles las variadas ocupaciones de militancia, porque en el terreno de la lucha solamente ellas aseguran la influencia anarquista en las múltiples facetas del problema social, se pretende imponer a todos un idéntico modo de pensar y de acción, y de ese ejercicio de autoridad y dictadura, brotar una vez más las naturales y desastrosas consecuencias.

Ahora, nuestro movimiento queda reducido a un estado de lamentable impotencia. Día tras día, bajo la acción de los que han hecho de esta labor de destrucción su ocupación predilecta, los grupos se dividen y desaparecen, los buenos se retiran de la lucha, nuestros locales se vacían. Cada cual masca su amargura, y, desorientado, se inmoviliza.

Es precisamente lo que no debe hacerse. Los buenos no deben batirse en retirada ante los malos; la nobleza, el desinterés, no deben abandonar sus fueros ante la presión de la audacia carente de sentido moral. En nuestra vida de luchadores, un golpe más no debe rendirnos. Yo sé que esta clase de golpes es particularmente ruda, y he tenido yo también que experimentarla en mí. Pero, hay que acorazarse de estoicismo, que el sufrimiento dignifica, y cuanto más intenso es, más puro hace al que lo resiste.

Hay que servir las ideas, hay que servir al progreso humano. Prodúzcase lo que se produzca, no debemos dejar de sentir nuestra armonía con todos los seres de nuestra especie, y de marchar al unísono, con ellos, hacia nuevos y superiores estadios de civilización. Es el ritmo de la vida, y sin él ésta perdería su sentido profundo.

Esto parece, hoy, imposible. Yo intento en vano hallar quién me ayude para hacer una labor moralmente superior a la de las capillas y de la entronizada dictadura. Algo que vuele por encima de la degradación existente, que rebase los límites de las sectas incipientes, y abrace al ideal con el fervor que merece, fijos los ojos y el pensamiento en su deber de combatientes. Mis esfuerzos han sido, hasta ahora, inútiles.

¿Será posible que en el anarquismo de este país, sólo hallen eco las voces de calumnia, odio y exterminio? ¿Será posible que únicamente la tarea de divisionismo, de anulación, de sistemática destrucción de las fuerzas distintas tenga celosos servidores? ¿Será posible que los que anteponen al interés general del movimiento el de su bandería obtengan ayuda y que, en cambio, nadie se preste a una obra de superación?

Se me ha dicho de no juzgar el anarquismo por lo que toma parte en su pública actividad, que, descorazonados, estaban fuera de ella muchos buenos militantes. Quiero creerlo, y particularmente a ellos dirijo este llamamiento. Solicito su apoyo, requiero su colaboración. No para mí, ni para nadie: para las ideas.

Es preciso hacer resurgir el anarquismo, edificar por encima de los enconos, una obra nueva, una nueva unidad de los corazones, una nueva compenetración moral, un haz esforzado de nobleza militante.

Hay que iniciar una mansión del anarquismo, donde presida un amplio espíritu anárquico, donde la tolerancia no sea un artificio verbal, pretexto hábil de intolerancia sin igual, o recurso de polémica esgrimido por los derrotados en las peleas por la prepotencia.

Hace falta emprender una labor desprendida de todas las miasmas existentes, que sea un ejemplo vivo de lo que debe ser la línea de conducta, la actitud, la mentalidad anárquicas.

Si se levantan inesperados adversarios, arquearemos las voluntades. La humanidad no asciende con lamentos ni abdicaciones. Tendremos también inesperadas adhesiones, pues muchos son los deseosos de iniciativas limpias de pasiones malsanas y enmarañadas y complejos intereses.

A los retraídos, y a los que, sin serlo, quieren volar más allá del estado de cosas reinante, a los que sinceramente quieren luchar por la anarquía, y nada más que por la anarquía, pido pronta respuesta. Urge empezar antes que se desmorone, en el abismo de las pequeñeces, la vital expresión del más grande de los ideales.

Espero respuesta: si hay en la Argentina quién sea capaz de contestar afirmativamente a este llamamiento a la vez angustioso y firme, por el anarquismo y la anarquía.

Gastón Leval.

El presente artículo del compañero Gastón Leval abre una serie de apreciaciones sobre la vida anarquista de la Argentina que, en nuestro próximo número, hemos de comentar y demarcar ampliamente por nuestra parte. Por ahora, dando a las páginas de "La Antorcha" la efectividad de ser una tribuna libre, no hacemos otra cosa que publicarlo y entregarlo al juicio de los lectores.

Precisando hechos

En el No. 4506 de "La Protesta" ha aparecido un extraño artículo titulado: "Restableciendo la verdad" firmado por Maximoff, y rebosando insultos y falsedades. En la carta su autor dice claramente cuáles son sus intenciones.

Y trata de demostrar:

1.° Que no era yo miembro de la Comisión de Exequias de Dmitrov.

2.° Que "la carta de la familia de Kropotkin expresando su último deseo no existió.

3.° Que no fué llevada por mí desde Dmitrov a Moscú.

Y una cantidad de inventos que nunca se me ocurrieron y de los que no vale la pena ocuparse.

Para demostrar lo primero será bastante decir que en el original ruso de mi artículo sobre el Museum publicado en el No. 212 del "Golos Truda" del 29 de junio de 1924 y que seguramente Maximoff leyó, pues conoce el ruso, y no el castellano, he dicho claramente que fuí "miembro de la Comisión de Exequias de Dmitrov", lo que se podrá demostrar consultando el protocolo de la Comisión Mixta de exequias de Dmitrov firmado por *Sandomirsky* y *Anatol* (Gorelik), en nombre de los anarquistas; y además un cartel mural de la misma Comisión que lleva las mismas firmas citadas. Estos documentos o sus copias creo será posible encontrar en Dmitrov o en Moscú en el Museum Kropotkin.

Afirma también que la carta a que hace referencia Maximoff y que era de la familia de Kropotkin expresando la última voluntad de Peter Alexelevitch fué redactada cuando estuve en Dmitrov por la hija de Kropotkin: Alejandra Petrovna, por Emma Goldmann, Sandomirsky y no recuerdo si estuvo presente también Boris Lebedef.

Me fué entregada a mí para ser llevada a Moscú y daría a Lenin que, avisado por teléfono de este envío por intermedio del Comité de exequias de Moscú, esperó su llegada hasta la 1 de la madrugada. Por un retraso del tren y obligado a hacer a pie el trayecto de la estación hasta el "Club Anarquista de Leontievsky", me fué imposible llegar a tiempo. Piro, secretario del Comité de Moscú, avisó por teléfono al Kremlin, y en mi presencia, la llegada de la carta. Gorbanof, secretario de Lenin y encargado oficial de los asuntos del Consejo de los Comisarios del Pueblo, respondió que Lenin había esperado hasta la una y se había retirado a descansar, autorizándolo para recibir la carta, que se le pide mandar con cualquiera, pues el ciclista de servicio no estaba ya, si es que no se quería esperar hasta el otro día.

Piro fué conmigo entonces a la casa de A. Schapiro, donde entregué la carta a Kaminetzky que se encargó de llevarla. Lo acompañé hasta la plaza teatral, de donde él se dirigió al Comisariado de Relaciones Exteriores.

La carta fué entregada a Lenin, mas no sé quien se la entregó personalmente.

Creo que esto será suficiente para desmentir tan enormes tonterías afirmadas por Maximoff. Hago esta aclaración para que una vez por todas los compañeros conozcan quiénes son los llevados por el odio y el afán de ostentaciones, y declaro que en adelante responderé a las críticas que tengan algún rasgo de sinceridad, mas nunca a nonadas que sólo alientan la calumnia y el insulto. Deploro absolutamente ocupar nuestros periódicos en cosas de esta naturaleza.

Anatol Gorelik.

Nota. — Estoy totalmente de acuerdo con la nota de redacción de "La Protesta"; la "imaginación está bien en la poesía, pero no en la descripción histórica"; pero creo que tampoco nuestra propaganda se ha de asentar en artículos insultantes y calumniosos. Espero que la redacción de "La Protesta", que dió cabida al inverosímil artículo de Maximoff, reproducirá con más razón el mío que no tiene palabra de insulto para nadie.

Consumatum est

Sí. La F.O.R.A., o sea los delegados reunidos en magna asamblea, han lanzado su fallo condenatorio, su anatema fulminante sobre los heréticos que osaron combatir la dictadura forista como también la de su órgano oficial. ¡Y todo por no querer arriar la bandera libertaria de nuestras convicciones anárquicas! Pecado imperdonable para los que viven trasgrediendo principios que dicen sustentar o invocando la libertad que acaban de pisotear.

Pero, quienes conozcan la posición híbrida o mejor dicho, abiertamente autoritaria de los constituyentes del tribunal sindical, no han de extrañar su pronunciamiento en esta lucha entablada entre la autoridad revestida de ropaje libertario y la libertad desnuda, sin disfraces que la afeen o la hagan sospechosa. Ello era de esperar: los componentes del tribunal eran los frutos amargos cosechados mediante el abono autoritario del sindicalismo; eran los caudillos surgidos al calor del balido rebañeril; eran los mismos que pretendieron oficializar el anarquismo de este país haciendo de la F.O.R.A. y de "La Protesta" el centro de rotación de las ideas anarquistas. ¿Cómo extrañarnos, pues, de este fallo inapelable de estos modernos jueces cuando ello es la manifestación de su psicología más acabada? No; el anatema no era una interrogante, sino una afirmación que pesaba sobre nuestras testas libertarias para caer sobre las mismas apenas se juntaran en un local los diseminados excomulgadores de esta triste y autoritaria hora.

¡Y el anatema fué lanzado! "Consumatum est".

"La Antorcha", "Ideas" y "Pampa Libre" han sido colocadas en el índice por los componentes del novísimo Santo Oficio. Y todos aquellos que apoyan estas tres publicaciones anarquistas, como también sus lectores, son otros tantos heréticos que merecen la hoguera purificadora del forismo. Los componentes del tribunal sindical que acaba de emitir su fallo contra tres periódicos anarquistas que son tres arietes que van abriendo brecha en todas las murallas autoritarias, no conciben otro anarquismo que el que exhiben en el frontispicio del edificio forista y el que ofrece en sus columnas un diario que dicen ser de la "colectividad". Si esto fuera cierto, sería algo desconsolador, algo que nos sumiría a nosotros en el abismo del dolor, porque amamos la libertad por encima de todo, y de esto, de libertad, en la F.O.R.A. no se encuentra más que el rótulo que encubre los autoritarismos de sus normas sindicales y en el diario el nombre de su tradición libertaria del cual se valen sus actuales redactores para enlodar y calumniar a quien no se someta a su férula oficialista.

Pero no, el anarquismo está lejos de ser lo que representan la F.O.R.A. y "La Protesta"; es más. No puede serlo so pena de perder su esencia libertaria el ideal. El fallo jurídico que estamos comentando lo dice elocuentemente: una institución sindical apoyada por su órgano oficial juzgando y condenando a las publicaciones y compañeros anarquistas.

¿Se quiere algo más absurdo y mayor grado de autoritarismo? ¿Cómo considerar anarquistas a los que así proceden?

No; el anarquismo es una robusta planta que hunde sus raíces en el terreno fértil de la libertad, y los frutos que con el tiempo maduran en dicha planta, no son jueces o gendarmes, sino seres razonadores, de criterio amplio, amantes de la crítica que perfecciona, y por sobre todo partidarios decididos de la libertad en la práctica.

Y a la consecución de estos frutos tiende la propaganda que realizan desde sus columnas las tres publicaciones anarquistas juzgadas y condenadas por el tribunal forista.

"Consumatum est". Sí; pero tónganos sin cuidado la sanción furibunda. No escuchemos más fallo que el de nuestra propia conciencia; y ésta, para tranquilidad nuestra, no nos acusa de transgresiones vergonzosas ni autoritarismos degradantes. Por el contrario; nos habla de nuestra moral superior frente al relajamiento de muchos, de nuestra consecuencia con las ideas anarquistas frente a las desviación de tantos otros. Y esto es alentador en verdad; nos dice que somos los únicos adalides de la libertad en esta hora de desbordes autoritarios. Nos impele a todos los que seamos anarquistas de verdad a intensificar nuestra propaganda libertaria y a apoyar con todas nuestras energías el movimiento anarquista, exento de todo autoritarismo, que gestan las tres publicaciones excomulgadas.

Hagamos caso omiso del silencio que quiere imponernos el tribunal inquisidor y sigamos golpeando con más fuerza el badajo de la campana libertaria que llama a los pueblos a la acción por la libertad.

Francisco Martínez.

Chabás.

NACIONALISMO

Tres conferencias de R. TAGORE

1.ª El Nacionalismo en Occidente

Vosotros, pueblos del Occidente que habéis fabricado esta anormalidad, podéis imaginar la desesperación de este mundo poblado de hombres que sufren bajo el yugo de esa horrible abstracción: el hombre que organiza? Podéis colocaros en la situación de los pueblos que parecen haber sido destinados a eterno castigo y que no solamente deben sufrir continuas usurpaciones de su virilidad, sino también elevar sus voces en himnos de alabanzas por la benignidad de un mecanismo en interminable parodia de la Providencia?

No habéis visto, desde el principio de la existencia de la Nación, que el miedo inspirado por ella, ha sido un terror fantasmagórico el cual ha temblado todo el mundo? Allí donde hay un rincón en sombras flota la sospecha de su maldad secreta, y las gentes viven en una perpetua desconfianza de sí mismos. El menor ruido, un paso, un movimiento a su lado sacude todo el cuerpo en un espasmo de terror. Este terror es hijo de todo lo vil de la naturaleza humana. Hace inhumano, casi alientemente, y sin vergüenza. Las mentiras hábiles merecen felicitaciones. Las promesas solemnes, una farsa, risibles precisamente por su solemnidad. La Nación, con todo su aparato de poder y de prosperidad, sus himnos piadosos, sus ruegos blasfematorios en las iglesias y las ridículas fulminaciones literarias de sus patriotas vociferos, no podrá ocultar el hecho de que la Nación es el más grande mal para la Nación, que todas sus precauciones van contra ellas y que todo nacimiento de otra Nación en el mundo estará seguido de la aparición en su espíritu de un nuevo peligro.

Su único deseo es traficar con la debilidad del resto de la tierra, como ciertos insectos que nacen en las carnes paralizadas de víctimas abandonadas con la vida necesaria para su alimento nutritivo. Esta siempre lista a inyectar su flúido envenenado en las partes más vitales de los otros pueblos que no siendo naciones son inofensivos.

Es en Asia donde la Nación ha encontrado y encuentra su mejor alimento. La Gran China, rica de sabiduría y de ética social, de su disciplina industrial y del control de sí, es como una ballena que despertara las ansias del despojo en el corazón de la Nación. Lleva ya en sus carnes temblorosas los arpones arrojados por sus manos, criatura de la ciencia y del egoísmo.

Sus dolorosos ensayos para desahogarse de sus tradiciones humanitarias, de sus ideales sociales y gastar sus últimos recursos agotados en el mantenido movimiento de la maquinaria moderna son contrariados continuamente por la Nación. Esta cierra sus cordones financieros alrededor de su víctima, esforzándose en arrastrarla hasta la ribera para destrozarla, o ir luego a agradecer públicamente a Dios por haber mantenido el mal existente y roto las posibilidades de uno nuevo. Y por todo eso la Nación pretende la gratitud de la historia, y la eternidad de su explotación, ordenando que la fanfarria de sus lisonjas resuene de un extremo hasta el otro del mundo, llamándola la sal de la tierra, flor de la humanidad, bendición de Dios arrojada con todas sus fuerzas sobre los cráneos desnudos de los países que no son Naciones.

Yo sé cuál sería vuestro consejo. Diréis: formaos en una nación y resistid esa invasión de la Nación. Pero es ese el buen consejo? un consejo de hombre a hombre? Por qué sería eso una necesidad? Yo os podría creer si hubiéseis dicho: Sed mejores, más justos, más sinceros en vuestras relaciones con los hombres, contened vuestra avaricia, volved sana y simple vuestra vida y que la conciencia de lo divino en lo humano tenga más perfecta expresión. Pero decís que no es el alma, sino la máquina lo de más valor y que la salud del hombre depende de su exacto ajustamiento al ritmo muerto de las ruedas y volantes? que la máquina ha de ser levantada contra la máquina y la nación contra la nación en una perpetua lucha política?

Vosotros afirmáis: las máquinas terminarán por ponerse de acuerdo para su mutua protección, basadas en una conspiración del terror. Pero esta federación de las calderas os dará un alma? un alma que tenga su conciencia y su Dios? Qué sucederá en esta parte del mundo, la más extensa, donde el miedo no tendrá el poder de detenerlos? La poca seguridad de que gozan hoy día esos países que no son aun Naciones, frente a la licencia desencadenada de la fragua, del martillo y del torniquete, resulta de la desconfianza de las potencias. Pero cuando en lugar de ser numerosas máquinas separadas se reunan en un apretado grupo organizado para la glotonería comercial y política, qué probabilidades de esperanza restará a esos otros países que han vivido y sufrido, amado y adorado, que han pensado profundamente y trabajado con paciencia, pero cuyo único crimen fué el no ser organizados?

"Pero, decís vosotros, qué importa eso, el inepto debe caer, — morirán, es el progreso".

No, por vuestra propia salud, ellos vivirán, y es la verdad. Es una extremada pretensión mía el hablar en esta forma, pero yo afirmo que el mundo del hombre es un mundo moral; no porque nosotros estemos ciegamente de acuerdo en creerlo así, sino porque es la verdad y sería peligroso para nosotros el ignorarlo. Y esa naturaleza moral del hombre no puede ser dividida en compartimentos para su preservación. No podéis guardarla para vuestro consumo individual entre los muros de tarifas protectoras, haciéndola considerablemente acomodaticia para su libre cambio licencioso.

Esta verdad, no ha iluminado vuestro espíritu durante la última guerra que ha hundido sus garras en las partes vitales de Europa? Cuando su reserva de riquezas se reduce a humo, y su humanidad es destrozada sobre los campos de batalla? Preguntáis, en el colmo de la extrañeza, qué ha hecho para merecer tal cosa? La respuesta es que el Occidente ha petrificado sistemáticamente su naturaleza moral, para dar un cimiento sólido a sus gigantescas abstracciones de poder. Ha destruido a todo lo largo la vida del hombre personal en en provecho del profesional.

En la edad media de Europa, el hombre simple y natural, con todas sus violentas pasiones y deseos se esforzaba en descubrir una reconciliación entre la carne y el espíritu. Mientras duró la turbulenta carrera de vigorosa juventud de Europa, las fuerzas temporales y espirituales actuaron ambas poderosamente sobre su naturaleza e hicieron de ella una personalidad moral. Europa debe toda su grandeza en el concierto de la humanidad a ese período de disciplina, la disciplina del hombre en su integridad humana.

Después vino la edad del intelecto, de la ciencia.

Nosotros sabemos que el intelecto es impersonal. Nuestra vida y nuestro corazón son una misma cosa, pero el cerebro puede destacarse del hombre personal y es sólo entonces que se puede mover libremente en el mundo de sus pensamientos. Nuestro intelecto es un ascota que no lleva vestidos, ni toma alimentos, ni conoce el sueño, ni tiene deseos, ni se resiente de amores, ni de odios, ni tiene piedad por las restricciones humanas; sólo razona, en medio de las vicisitudes de la vida. Se toma a las raíces de las cosas porque no tiene relaciones personales con las cosas mismas. El gramático, a través de toda poesía, va derechamente, sin obstrucción, a las raíces de las palabras, porque él no busca la realidad, sino la ley. Cuando ha encontrado la ley puede enseñar a las gentes el modo de formar palabras. Esto es un poder, que responde a una utilidad especial, a una necesidad particular del hombre.